



La Santa Sede

**DISCURSO DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II
A UN GRUPO DE OBISPOS DE RITO GRECO-MELQUITA CATÓLICO
EN VISITA «AD LIMINA APOSTOLORUM»**

Lunes 13 de octubre de 1980

Beatitud y venerables hermanos:

Habéis venido juntos de varias diócesis del Patriarcado greco-melquita católico a visitar al Papa, siguiendo una costumbre eclesial venerable y beneficiosa. Ahora que estáis muy cerca de la tumba del Príncipe de los Apóstoles, que recibió el poder inalienable de guiar y confirmar a todos sus hermanos en la fe y la caridad, me siento particularmente dichoso de daros la bienvenida.

Esta acogida fraterna es la del Obispo de Roma, del Sucesor de Pedro, "que es el principio y fundamento perpetuo y visible de unidad, así de los obispos como de la multitud de los fieles" (*Lumen gentium*, 23). Al recibirlos me complazco en repetir las palabras del Apóstol Pablo, compañero de Pedro en los sufrimientos padecidos por Cristo: "Dios os llamó por medio de nuestra evangelización para que alcanzaseis la gloria de Nuestro Señor Jesucristo. Manteneos, pues, hermanos, firmes y guardad las enseñanzas que recibisteis" (2 Tes 2, 14-15).

Mi saludo se dirige en primer lugar, y de modo del todo especial, a la persona de Su Beatitud el Patriarca Máximos V, que pronto celebrará, en la sede patriarcal de Damasco, los cincuenta años de ordenación sacerdotal. Ya desde ahora elevamos todos juntos a Cristo, Sumo Sacerdote y Redentor de los hombres, nuestras oraciones y fervientes deseos.

La Iglesia greco-melquita católica que aquí representáis ha acogido a lo largo de los siglos a fieles de lengua y origen griegos, y también sirios, egipcios, y asimismo a fieles de origen árabe unidos a la fe católica a partir del siglo V, pertenecientes a los Patriarcados de Antioquia, Alejandría y Jerusalén. No obstante ciertas vicisitudes históricas y políticas ya muy lejanas, y a pesar de las consecuencias recientes de guerras fratricidas que siguen turbando la paz de Oriente Medio, el

Patriarcado melquita está floreciente. Y por ello, para mí es ésta una feliz ocasión para expresar a Su Beatitud y a todos los obispos del Patriarcado, mi satisfacción y aliento para continuar este buen trabajo pastoral siguiendo el ejemplo del mismo Señor Jesús y las abundantes enseñanzas de los Padres de la Iglesia de Oriente, entre ellos San Basilio el Grande (cf. *Moralia*, LXXX, 12-21; PG 31, 864, b-868, b).

Muchos fieles greco-melquitas católicos y otros de diferentes ritos orientales se han visto obligados —incluso recientemente— a abandonar sus casas y la tierra de sus antepasados. Parte de ellos han atravesado los océanos, y otros, en cambio, han logrado encontrar hospitalidad más próxima en Europa. Para los fieles de la diáspora, la Santa Sede ha erigido una eparquía en Estados Unidos, y otra en Brasil, y acaba de erigir un exarcado apostólico en Canadá y ha establecido visitas apostólicas en Europa Occidental, Argentina, Venezuela, Colombia, México y Australia, de acuerdo con las normas fijadas por el Concilio Vaticano II, a fin de reforzar la predicación de la Palabra de Dios y la atención espiritual a todas las comunidades de fieles emigrados.

Por otra parte, es motivo de consuelo para la Sede de Roma, conocer el trabajo que se va realizando a la luz de las enseñanzas del Concilio en los Sínodos presididos por el Patriarca, donde también toman parte los superiores mayores de las Ordenes masculinas en lo que concierne, por ejemplo, a la puesta al día de textos litúrgicos, pastoral y catequesis, con interés particular por el aumento de las vocaciones sacerdotales y religiosas.

El empeño de la jerarquía en la formación espiritual e intelectual responde a las necesidades de nuestro tiempo. Conocemos, además, la actividad que desplegáis en el marco del diálogo ecuménico con los hermanos separados, convencidos como estáis de que la comunión verdadera y estable se construye en la verdad y la caridad en colaboración con la Sede Apostólica.

Vuestro encuentro de hoy es expresión del vínculo de colegialidad con el Sucesor de Pedro. Ojalá recuerde a todos la unidad de acción pastoral que es necesaria en todos los países donde estáis llamados a guiar al Pueblo de Dios, como dice el Concilio a propósito de los obispos esparcidos por el mundo, "manteniendo el vínculo de comunión entre sí y con el Sucesor de Pedro" (*Lumen gentium*, 25).

Al igual que a los obispos de rito caldeo en su reciente visita, os aliento a seguir celebrando encuentros en forma de asambleas episcopales a nivel nacional, a fin de garantizar la unidad de acción entre las varias Iglesias, y asegurar la armonía y entendimiento fraterno entre los diferentes ritos, sin perjudicar en absoluto los derechos del Patriarca y de su Sínodo, de acuerdo con el derecho vigente.

No puedo terminar sin manifestar otra vez mi vivo afecto, en primer lugar, a Su Beatitud, a

vosotros todos, venerables hermanos en el Episcopado, a todos vuestros sacerdotes, a los religiosos y religiosas que se preocupan de actuar la renovación en su vida espiritual y en su consagración a Dios y a la Iglesia, y lo hacen meritoriamente en los sectores de pastoral, sanidad y caridad; y en fin, mi pensamiento afectuoso vuela a los fieles de toda la Iglesia greco-melquita católica. Confiándoos a todos a la protección y desvelos maternales de María, la Santísima Madre de Dios y siempre Virgen, os doy de todo corazón la bendición apostólica.